

## Mirada crítica

**I(INVESTIGACIÓN) =  
M(MEDIOS) x C(COMUNICACIÓN)<sup>2</sup>**

La encuesta de primeros de año (Fecyt + CIS) sobre la percepción que la sociedad española tiene de la ciencia, refleja con claridad meridiana cuáles continúan siendo los problemas crónicos –y aparentemente irremediables– que aquejan a nuestro sistema de investigación. En principio, los datos del sondeo son contradictorios ya que mientras los científicos figuran entre las profesiones mejor valoradas, la ciudadanía muestra un interés muy escaso hacia los asuntos de ciencia y tecnología. Incluso, un elevado porcentaje estima que la investigación reporta más perjuicios que beneficios y, aunque es contrario a reducir el presupuesto en ciencia, considera que existen otras áreas prioritarias donde incrementar el gasto público. Además, los encuestados creen que los investigadores están mal retribuidos, pero entienden que su profesión es vocacional: el prestigio y reconocimiento obtenidos a través del esfuerzo en buscar la verdad o el afán por solucionar graves males de la humanidad, compensa la falta de estipendios materiales. A juicio de algunos expertos, los resultados son propios de un país atrasado, que no confía en la ciencia.

Imitando la mítica fórmula de Einstein, es probable que la solución al enigma de la ciencia española resida en resolver una ecuación compuesta de dos variables con distinta importancia. La primera magnitud expresa la carencia de medios tanto materiales como humanos; nuestro gasto en I+D sigue rondando el 1% y apenas se incrementa a pesar de promesas oficiales. Sin embargo, tal estrategia es lógica en un país que ha apostado por un modelo de crecimiento basado en el turismo, dudosamente racional, y los servicios. No necesitamos buenos investigadores... ¡Qué inventen ellos! Al contrario, presumimos de contar con grandes restauradores, artistas, equipos de fútbol y gente de la farándula. Nuestro esfuerzo debería centrarse en formar mejores promotores inmobiliarios, diseñadores de campos de golf y guías turísticos. Por tanto, los gobernantes no están especialmente preocupados por disminuir la dependencia científico-tecnológica que España tiene del exterior, ni por enderezar la interminable y enrevesada carrera investigadora que está provocando un alarmante descenso de jóvenes que se embarcan en esta profesión de riesgo, ante las escasas expectativas laborales. Tampoco se desvelan por el despilfarro que supone formar científicos que no pueden incorporarse al sistema

público o privado de I+D.

No obstante, en esa ecuación, quizá la contribución de la segunda magnitud sea muy superior (como mínimo al cuadrado, al cubo o a la  $n$  potencia) y hace referencia a la comunicación entre el científico y el contribuyente que le financia vía impuestos. Existe una indudable carencia de cultura científica en gran parte de la sociedad y es urgente tender puentes de transmisión didáctica de conocimiento. De entrada, la tarea se antoja ardua porque en nuestro desastroso sistema de enseñanza secundaria, el grado de educación científica y técnica que reciben los estudiantes es virtualmente nulo (como sucede con otras materiales esenciales). Por otra parte, no hay muchos periodistas especializados en Ciencia y los medios de comunicación dedican una atención ínfima a la información científica –con honrosas excepciones–, generalmente basada en grandes titulares sobre avances espectaculares y el tratamiento de problemas sanitarios o alimentarios, pero no se transmite la pedagogía del razonamiento, el trabajo o el método científico. Ni siquiera noticias sobre desastres naturales o tragedias medioambientales poseen la vitola de científicas, más bien pertenecen a la sección de sucesos.

El lenguaje y estilo de la comunicación científica es muy distinto al empleado en la publicación especializada, importantes revistas ya disponen del mecanismo denominado “*release press*” para difundir los principales descubrimientos hacia los medios generales. Los propios científicos deberían cumplir un papel preponderante en explicar sus resultados, pero aquí hay un problema sobrevenido. Aún reconociendo su importancia, entre los profesionales descollantes la divulgación científica no es siempre una actividad bien valorada. Se tiende a pensar que la investigación es una tarea demasiado compleja y elevada para hacerla accesible al gran público, es decir divulgar equivaldría a vulgarizar. Revertir esta situación parece ser uno de los objetivos prioritarios del cacareado *Año de la Ciencia*, que ha establecido presupuestos encaminados a fomentar actividades divulgativas, crear un servicio nacional que ofrezca gratuitamente a la prensa contenidos de índole científico-tecnológico o potenciar la red de museos de Ciencia. Esperemos que este conjunto de iniciativas sean de utilidad para remediar lo que Severo Ochoa diagnosticó como el problema más grave de nuestra investigación: la existencia de un ambiente social propicio al progreso científico.

**Juan Carlos Argüelles**

Profesor de Microbiología, Universidad de Murcia